



El Café y las artes

Todo el mundo en Casablanca va a Rick's. No es de extrañar. Así se titulaba **-Everybody's goes to Rick's-** la obra teatral, no estrenada, en la que se basó una película mítica, **Casablanca**. La Warner compró los derechos por lo exótico de la localización. *Rick's Café Américain* es un café americano en Marruecos decorado como si fuera un café marroquí en Estados Unidos, gentileza de George James Hopkins, que también podría haberse ganado la vida decorando restaurantes chinos fuera de China. En el *Rick's* de Casablanca toca una banda de jazz. En el *Rasid's* de Baltimore probablemente se ejecute la danza del vientre.

Rick's, como todo café que se precie, es un espacio metafórico, un lugar de representación de la vida. Cuando se dice *"todo el mundo va a Rick's"* hay que tomarlo al pie de la letra. Por ahí andan un americano escéptico (Bogart), partidario de la no intervención hasta que los hechos le empujan a tomar nuevamente partido por los débiles. Un prepotente oficial nazi interpretado por Conrad Veidt, actor alemán nacionalizado inglés, huido de la Alemania hitleriana al estar casado con una judía. Un ambivalente policía francés (Claude Rains), siempre nadando entre dos aguas esperando la oportunidad de colgarse alguna medalla. Víctor Laszlo (Paul Henreid), centroeuropeo convertido en portavoz de los pueblos oprimidos. Y más, muchos más. Italianos comparsas, refugiados de todas las latitudes y condiciones sociales, norteafricanos escurridizos y buscavidas, rusos buenos pero no tanto. Ni siquiera

falta el fiel pianista negro, nota de color en un mundo de americanas blancas, con una amistad abierta a todo tipo de especulaciones.

El café siempre ha sido lugar de paso, de encuentros y desencuentros, con la gente y con el pasado. Un bazar de compra-venta de ilusiones, ya sean éstas un par de salvoconductos, un Rólex de imitación o una burra cigarrera. Uno se sienta tranquilamente en una mesa al fondo y se encuentra con aquello de lo que huía. Como uno acostumbra a llevarse consigo mismo a todas partes, son cosas que suceden a menudo. Mejor enfrentar estas situaciones tomando una taza de café, da cierto aplomo. Si las circunstancias nos impelen a salir corriendo, no olvidemos dejar dos o tres monedas, presurosamente, sobre el mármol de la mesa. Sin preguntar el precio. Esas monedas sean más que suficiente, el precio justo por una vida que nos hace salir corriendo de los sitios.

En *Rick's*, en todos los cafés del mundo pasa igual, se conspira. Se detecta en el aire, uno entra y ya "agarra un conspirado" casi sin quererlo. Nadie disimula. Los saboteadores sudan, beben a golpes secos y miran a todos lados con cara asustadiza. Lo llevan escritor sobre la frente: *Hola, soy el que buscan*. Los miembros de la resistencia anuncian su presencia, impecablemente vestidos. Te sientes seguro en un café. No hace falta conspirar en el ángulo oscuro del salón, semi oculto en las sombras, tras una cortina de humo. Basta con tener un camarero amigo a quien pasar las notas bien dobladas.

El humo. El humo es imprescindible. "Mira, será un melodrama romántico con atmósfera siniestra. Iluminación sombría y humo, mucho humo, porque todos fuman mucho". Así vendían **Casablanca** sus guionistas, los gemelos Epstein, a David O.Selznick, intentando conseguir los servicios de Ingrid Bergman, ligada contractualmente con el productor. Sin humo no hay café convincente. En los cafés de Hollywood no se entra a tomar café, se entra a tomar bocanadas de humo. Es más, en *Rick's* nadie toma café. Andan tan desesperados que sólo descorchan champán o se atiborran de combinados. La gente bebe y fuma, una forma como otra cualquiera de enfrentarse a la vida, sorbiéndola. Ni siquiera en las terrazas se toman su taza, los ca-





fés europeos de las películas americanas son territorio reservado a las copas, tan frágiles ellas, tan dispuestas a derramarse con la más mínima excusa.

Esas excusas tontorronas inventadas por guionistas ociosos para urdir historias de amor, miradas que se deslizan por entre las mesas, tactos que avanzan sobre los manteles y el chin chin de dos corazones destinados a encontrarse. ¿Para qué brindar con café si pueden subírtelo al día siguiente a tu habitación? El café es para tropezarse con el destino, con el estruendo de una bandeja estallando contra el suelo, con el sigilo de un guiño cómplice al camarero amigo, solícito. En materia amorosa, el café es puro preámbulo, un invernadero emocional para ir calentando pasiones, lentamente, agi-

tadas con cucharilla, gesto pausado, dando tiempo al tiempo.

Otra característica imprescindible para reconocer un buen café. Nunca cierran. O al menos siempre hay alguien dentro dispuesto a abrirnos una puerta amiga, servirnos un último trago, cedernos un doble fondo o contarnos una buena historia. Ciertamente, un *drugstore* o un *dinner* tienen servicio veinticuatro horas. No es lo mismo. Tienden a deprimir, faltos de calidez. Ahí puede entrar cualquiera. En un café no. Sólo nosotros, porque por algo es nuestro café. Nadie puede decir eso de un *drugstore*. En cambio, el café nos pertenece, o le pertenecemos, vaya usted a saber. Sus mesas conocen todas nuestras esperanzas, el morse secreto de nuestras esperanzas, las sillas nuestros



tropezones. Colgamos las incertidumbres en sus perchas, dejamos caer las cenizas de las horas en sus ceniceros. Y así, el tiempo pasará, sobre las teclas del piano, recordando un beso y un vestido azul guardado ahora en el ropero de la memoria. Todos tenemos nuestro café, por eso todo el mundo va a *Rick's*.

Toni Alvaro